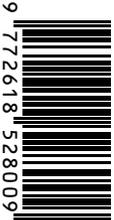


barjillo

En Rosario, el ruido de la cultura

Marzo - Abril 2024
ROSARIO \$2500

Sebastián Vargas



UN LUGAR EN EL MUNDO



LO FUNDARON EN 1923 DOS INMIGRANTES ASTURIANOS EN EL CRUCE ALBERDI: CONCURRÍAN FERROVIARIOS, TAXISTAS Y COLECTIVEROS. EN 2019 DOS HERMANOS ROSARINOS LO RESCATARON Y MANTUVIERON SU IDENTIDAD. EN LA FACHADA BRILLAN HOY LAS LETRAS CHISPEANTES DE NEÓN QUE ANUNCIAN “CAFÉ Y BAR EL ROSARINO”

ENTREVISTA A **SUSANA RUEDA**, MINISTRA DE CULTURA DE SANTA FE / **MARTÍN PRIETO**, EL PROFESOR AGITADOR / LAS CARAS DE **MAURO AGUILAR** / UN POEMA DE **SEBASTIÁN RIESTRA** / LA COLUMNA DE **MIGUEL ROIG**



CULTURA

EL MUSEO ESTEVEZ A PUERTAS ABIERTAS

Luego de la restauración, que permitió encontrar restos arqueológicos de los orígenes de Rosario, **abrió sus puertas la Casa Museo que fue la residencia de la familia Estevez Mayor.**

Entrada gratuita

museoestevez.gov.ar



Municipalidad
de Rosario

STAFF
barullo

Director fundador
Horacio Vargas

Directores asociados
Sebastián Riestra
Perico Pérez

Colaboran en este número
Facundo Petrocelli
Miguel Roig
Alicia Salinas
Evelyn Arach
Horacio Çaró

Fotografía
Sebastián Vargas

Diagramación
Fabiana Colovini

Seguinos en
www.barullo.com.ar
@revistabarullo
revista_barullo
@barullorevista

Contacto
barullorevista@gmail.com

Distribuye
Homo Sapiens Ediciones
Sarmiento 825, Rosario

Imprimió
UNR Editora
Urquiza 2050, planta baja,
Rosario
contactounreditora@gmail.com

Editor responsable
Horacio Vargas
Registro de la propiedad
intelectual: 3055388



ARECIA
ROSARIO

LA PRIMERA

Reuniones y barullo



Onetti con Jorge Luis Borges, Barcelona, 1978

-¿Cómo acostumbra celebrar el año que se inicia, Borges?
-Silenciosamente, como lo hace el tiempo. Voy a la casa de los Bioy, y allí lo pasamos sin barullo, como una noche más, conversando, recordando cosas, bebiendo, eso sí, un poco de sidra. Mi amigo Xul Solar daba un consejo para Año Nuevo. Decía que lo que uno hiciera esa noche era lo que después iba a hacer durante todo el año. Yo he aceptado ese consejo; así que seguramente esa noche escriba algún poema o lea unos versos para que se cumpla el presagio.

Entrevista a Jorge Luis Borges

Era un fin de año y había mucha gente en casa. Recuerdo el champán, que mi padre estrenaba un traje nuevo y que yo estaba triste o rabioso, sin saber por qué, como siempre que hacían reuniones y barullo. Después de la comida los muchachos bajaron al jardín. (Me da gracia ver que escribí bajaron y no bajamos.) Ya entonces nada tenía que ver con ninguno.

Juan Carlos Onetti, *El pozo*

AMBOS MUNDOS

Usted no está aquí

Por Miguel Roig **A** principio de los años setenta mis padres nos llevaron a España para conocer a la familia que vivía allí. Fuimos en barco pero no con el fin de disfrutar del crucero —cosa que hicimos de todos modos— sino para ahorrar en el desplazamiento. Dos semanas a bordo del Giulio Cesare, un trasatlántico italiano que iba lleno porque buena parte del pasaje eran argentinos de origen judío que viajaban al país para colaborar como pudieran en la defensa de Israel que se acercaba a la guerra del Yom Kipur. Pienso ahora cuántas veces se habrá modificado el recuerdo de esos chicos, mis compañeros de juegos, que no bajaron como nosotros en el puerto de Barcelona. El mío cambió para siempre desde que vine después a vivir aquí y subí otra vez al hotel Jardí de la Plaza del Pí, en el Barrio Gótico, y miré desde el balcón del bar, dos décadas después, la plaza que en lugar de un sitio solitario permanece ahora cubierta por terrazas atestadas de turistas. Para recuperar el relato gótico de la infancia hay que levantar la mirada hasta la piedra oscura del ábside de la iglesia del Pí y subir hasta el campanario.

Cuenta Sarmiento en Viajes que al llegar a París, en 1846, se asusta con el tráfico en los bulevares pero reivindica la figura del flâneur, actitud tan respetada, dice, que ninguno se atreve a interrumpir a otro y, apunta, en lugar de caminar se siente flotar en la soledad de París. Sarmiento se hubiera sorprendido de que Baudelaire pocas décadas después valora otro contexto en la piel del mismo sujeto, el cual goza observando el mundo desde el corazón de la multitud “como una fuente infinita de energía eléctrica”. Baudelaire se rinde a la modernidad.

Voy cada Navidad a París para pasar las fiestas con mi sobrino de trece años y que no se inmuta ante la invasión de los turistas. Me lleva a Père Lachaise, donde dejamos primero algunas flores en el lugar en el que esparcimos hace unos años las cenizas de mi hermano y después, al igual que hacía con él, deambulamos al azar un buen rato por los caminos del cementerio. Le llama la atención encontrar el mausoleo de Alberdi, quien no le suena para nada, pero le asombra que siendo argentino tenga una tumba allí. Le cuento que está vacía y su sorpresa crece. No le molesta pasear en el lugar donde despidió sin saberlo a su padre. Tenía cinco años. La elaboración de esa ausencia todavía sigue, pero aquel día aún no lo había rozado. Hoy somos pocos los visitantes que nos perdemos en estos senderos mientras la multitud hace cola como en las discotecas ante un portero y junto a un cordel extenso que se extiende al borde de la calle para sentarse en el Café de Flore; agota todas las entradas del Louvre y las esperas en la calle son eternas en Zara o en las galerías Lafayette: no se sabe para comprar qué. Tampoco es fácil desplazarse: los colectivos apenas avanzan en las avenidas y el subte parece el refugio de miles de personas ante un ataque inminente.

Tengo claras las razones para venir a París en Navidad, pero, ¿cuáles son las del ejército que ha tomado la ciudad y, previsiblemente, Nueva York y Miami? Cuando éramos chicos, en las fiestas, íbamos a la casa de mis tíos, mis abuelos y ellos venían a la nuestra. Las vacaciones venían después. Si entrás en el Pompidou, en el caso de que consigas tickets, será después de horas de espera y todo el tiempo en puntas de pie para ver una obra por encima de las cabezas de los demás. Hay una tienda Zara en tu ciudad que es igual a esta. Si no hay un H&M habrá algo similar: el esfuerzo no hace la diferencia. Puede que lo que sí la haga es desplazarse, estar aquí ahora, llevarte todo lo que puedas pensando que te apropiás del lugar.

Baudelaire, en un poema de Las flores del mal, cuenta que, en medio de una calle atronadora, se cruza con una mujer, se miran de forma fugaz e inmediatamente ella se pierde en la multitud. “No sé adónde huiste, ni sospechas mi ruta”, escribe el poeta: “¡En todo caso lejos, ya tarde, tal vez nunca!”. Él confiesa que hubiese amado a quien, afirma, “tú que lo supiste”.

Los turistas quizás no sepan que estuvieron allí.



EL ROSARINO

Un bar para viajar
en el tiempo

Fundado en 1923 por dos asturianos y reconvertido en 2019 por dos hermanos rosarinos, es una tradición viva que continúa de pie en el Cruce Alberdi. El secreto de su permanencia es la combinación de una fuerte personalidad con un look moderno que supo captar un público de todas las edades

Por **Facundo Petrocelli**



Roberto Castaño está sentado en el centro del salón. Sus ojos son chiquitos, los brazos delgados y habla con tono pausado. Pide un agua tónica y bebe con sorbos lentos. Son las siete de una tarde de

verano. Por los ventanales que dan a las vías del tren se filtra, entre las cortinas metálicas, la luz tenue de un sol que agoniza y barre el piso cuadriculado de granito blanco. Dos o tres moscas revolotean alrededor de la mesa. Roberto habla con voz cascada, entrecierra los ojos, rebusca en la memoria y espanta con la mano uno de los bichos que insiste, una y otra vez, en aterrizar sobre su frente. Sus palabras siembran el aire de recuerdos, emociones y ecos de un pasado que habita en cada rincón de este bar centenario. Sobre una longeva heladera Siam, un retrato en sepia de 1943 se preserva como una imagen religiosa. Allí, con la mirada enjuta y porte altivo, posan detrás del mostrador los tres hermanos Castaño. Más arriba cuelgan mapas que trazan las coordenadas del periplo fundacional: de Asturias a y Rosario. En los estantes se amontonan botellas con etiquetas desteñidas que rondan los cien años. A la entrada una pizarra ofrece las bondades de la casa: aperitivos, sándwiches, cervezas, sidra, pizzas, postres. Y, en la fachada, brillan las letras chispeantes

de neón que anuncian “Café y bar El Rosarino” e invitan a cruzar la puerta a un mundo de antaño.

El padre de Roberto, Manuel Antonio Castaño, llegó a la ciudad en la década del 20 en un barco de inmigrantes que soñaban con hacer la América. Las cicatrices de la guerra en Europa eran recientes, las penurias económicas inmensas y el horizonte de una tierra fértil y próspera se imponía como un destino de salvación. Aquí un tío, también asturiano, regenteaba un almacén de ramos generales y despacho de bebidas en el Cruce Alberdi, un enclave de paso ferroviario situado en la zona norte de la ciudad. Recién llegado, en 1923, Manuel le compró el negocio con los ahorros que traía y se hizo cargo del emprendimiento junto con sus hermanos que, a los pocos meses, también cruzaron desde el otro lado del océano. Roberto señala a Barullo un rincón de la pared. Allí una foto enmarcada en blanco y negro muestra la fachada del primitivo bar detrás de las barreras del paso a nivel. La construcción fue demolida en los 60 y el bar se mudó de sitio

a su actual ubicación en San Nicolás al 200. Así rememora Néstor Capa en el libro *Cielo de carbón*. Recuerdos de un ferroviario de Talleres Pérez (impreso y editado por el autor, noviembre

1998, Rosario): “En el verano del año 1962, siendo intendente de la ciudad de Rosario Cándido Carballo, las topadoras de la Municipalidad arremetieron contra esta edificación, para posibilitar la apertura al tránsito de la zona. En pocas horas fue reducida a escombros”. Fue por entonces el ensanche del Cruce Alberdi y la apertura urbanística de una ciudad que se expandía en un ramillete de calles, pasajes y bulevares, como un hormiguero inquieto, al calor de la actividad febril e incesante que generaban el puerto y el ferrocarril.

Desde los orígenes, El Rosarino forjó una identidad que lo ha distinguido a lo largo de su rica historia: la clientela proletaria. Relata Capa en el libro: “El Tren Obrero fue el tradicional vehículo que trasladaba los trabajadores hasta los talleres de Pérez. En los tiempos de su inauguración, allá por 1915 –se llamaban Talleres Gorton–, el Tren Obrero era el único medio con el cual se podía llegar hasta el desolado paraje. Sólo los talleres emergían en aquellas soledades, como un signo de progreso. Partía de madrugada desde la estación Rosario

Central, con paradas en Rosario Norte, Cruce Alberdi, Ludueña, Barrio Vila y Pérez... Los que esperaban en el Cruce Alberdi se refugiaban en el café y bar El Rosarino, lugar tradicional de los ferroviarios. Sus dueños, los hermanos Castaño, más conocidos como los gallegos, formaron parte de la historia del ferrocarril. Era el lugar casi obligado de los ferroviarios que merodeaban por esa zona. Concurrir a las asambleas de la Unión Ferroviaria era hacer la necesaria antesala en el bar de los gallegos...”. El bar abría a las tres de la madrugada y los hermanos asturianos servían generosas medidas de caña, aguardiente, vino y ginebra para entibiar los cuerpos de obreros que rumboaban al taller ferroviario. Además, la casa ofrecía facturas, cafetería, cigarrillos y sándwiches. A pocas cuadras, en Salta e Iriondo, funcionaba el silo de la harinera Minetti con el playón de descarga de camiones sobre la línea del ferrocarril. También era frecuente la presencia de deportistas y jugadores de fútbol que tomaban una copa en el bar. El primer campo de juego que tuvo el Central Argentine Railway Athletic Club –como se conoció en sus comienzos al Club Atlético Rosario Central– estaba ubicado en un predio aldeaño que pertenecía a la empresa ferroviaria de capitales británicos (Ferrocarril Central Argentino). La primigenia “cancha del cruce” se encontraba entre las calles Catamarca, Constitución y Castellanos. Otro de sus hábitos fue el boxeador rosarino José Ríos, el reconocido campeón sin corona e ídolo pugilístico en los 40, junto con Gatica, quien vivía a tan sólo dos cuadras y solía sentarse en sus mesas. Fue a fines de los 60 que Roberto comenzó a trabajar en el bar mientras cursaba el colegio secundario. Su padre, Manuel, trabajó hasta que murió en 1977. “Nunca se fue del bar. Del mostrador al cementerio”, suelta el Gallego, tal como lo conocen en el barrio. A partir de entonces y siguiendo con el mandato familiar, Roberto se convirtió



en el piloto de tormentas del negocio. Vecinos, taxistas, choferes de colectivos y empleados telefónicos de Entel (ubicada en el edificio de enfrente, hoy Telecom) conformaron una nueva generación de clientes que reemplazaron a los trabajadores del tren obrero. “Llegué a tener las llaves de la alcancía de los colectivos 35/9 cuando iban a moneda. Guardaba el manojito cuando hacían el cambio de chofer que paraba acá. Me pedían el llavero y hacían el cambio de la bolsa, llevándose las monedas”, recuerda. La magia del local se prolongó por otras cinco décadas al mando de Roberto, el anfitrión de la esquina por la que todos pasaban con la excusa de compartir un café o aperitivo antes de volver a casa.

En 2018 los largos años al frente del bar comenzaron a pesar en el cuerpo y Roberto contrajo una enfermedad que lo alejó del mostrador. Hubo algunos meses de zozobra con el bar cerrado: una herida abierta en ese confin entre Pichincha y Agote (y Refinería) al costado de las vías del tren. Por un breve intervalo reabrió las puertas gracias al amor del barrio y el impulso de la familia de Nair Cordero –su padre era un

taxista devoto del bar–, que asumió el desafío de rescatar el emprendimiento. “Con mi pareja le alquilamos el bar a Roberto en septiembre de 2018. Antes había sido moza. No teníamos un presupuesto de inversión y nos hicimos cargo de todo. Tenía experiencia en atención, pero no en la gestión gastronómica”, relata Nair. Pronto el proyecto chocó con un enemigo recurrente de las causas nobles y sinceras: la crisis económica. Los gastos se hicieron insostenibles y el bar nuevamente entró en declive. “Económicamente –retoma Nair– no daba la situación en general y en particular con el bar, sumado a que quedé embarazada por lo que no podía continuar poniendo mi fuerza de trabajo. No teníamos recursos para invertir, ni contratar empleados. En marzo de 2019, por cuestiones económicas y personales, decidimos no renovar el contrato. Me sorprendió cómo se viralizó por las redes la noticia del cierre y fue un alivio enterarme del interés de los chicos de Refinería para continuar con el bar”.

Como un búmeran de la historia, otros hermanos aparecieron para resucitar el negocio y darle una nueva vida al bar

en el siglo XXI: Miguel y Carlos Avalu. Todo volvió a suceder tal como un siglo atrás, con un viaje transoceánico de por medio y con raíces españolas. El arte culinario es una actividad arraigada en la familia Avalu. El bisabuelo José Vicente tuvo un almacén español. Carlos, el bisnieto, heredó el oficio y la pasión por la cocina. Empezó la carrera de chef en Rosario y, luego de una larga temporada en el Hotel Hyatt de Buenos Aires, continuó su formación en Europa. Allí estuvo ocho años radicado en el Reino Unido, más precisamente en Cardiff, capital de Gales, donde trabajó en restaurantes de prestigio. Pero su rosarinidad fue más fuerte. El desarraigo de la ciudad bañada por el Paraná pesaba mucho más que vivir en aquella otra de ensueño rodeada de colinas verdes, estuarios cristalinos y castillos medievales. Fue así que decidió emprender el viaje de regreso con un proyecto gastronómico propio ideado junto con su hermano Carlos. Ambos compraron y restauraron una casa de 1850 con patio y galería en el barrio Las Malvinas –más conocido como Refinería– donde Antonio Berni pintó Manifestación (1934), la famosa obra que ilustra los

Sebastián Vargas



rostros angustiados de trabajadores por el cierre de la refinería de azúcar. En ese barrio obrero de casas bajas y arboladas, alejado del centro de la ciudad, los hermanos Avalu fueron los primeros en visualizar un polo gastronómico que nació con la inauguración de su restaurant Refinería en 2008. Luego de 15 años de funcionamiento ininterrumpido hoy es un restaurant insignia de la ciudad, cuya fama de buen comer y beber atrae visitantes que llegan de todos los rincones del país.

A pocas cuadras de allí, se emplaza un bar antiguo que los Avalu solían frecuentar seguido: El Rosarino. “A Roberto Castaño lo conocía porque íbamos periódicamente a tomar café al bar. Luego, cuando él se va nos enteramos de que una chica asume el gerenciamiento y entonces nos quedamos en el molde. Hasta cuando vemos que unos meses después sale en los medios la noticia del cierre del bar. Entonces, esa misma mañana me comunico con Roberto y empezamos las tratativas para hacernos cargo y reflotarlo”, cuenta Carlos. Las obras de remodelación se iniciaron de inmediato con el desembarco de los Avalu en abril del 2019. Con su expertise y amplia experiencia en el rubro gastronómico, encararon la reforma con un horizonte claro e innegociable: respetar la esencia del bar y su valor cultural sostenido en un siglo de vida. No hubo modificaciones estructurales que cambiaran la fisonomía original, con la salvedad del derribo de una pared para anexar la cocina al salón. Todo el mobiliario de época fue sometido a una minuciosa restauración: las mesas y sillas de madera, los impecables mostradores que cruzan la sala en ele, el neón que ilumina el frente, las persianas americanas, el histórico cartel de publicidad Crush que cuelga en la fachada, y, a modo de homenaje, conserva el nombre de los hermanos asturianos fundadores: “EL ROSARINO de Castaño hnos”.

“Me gustan mucho estas expresiones

EL ROSARINO	
APERITIVOS	INGREDIENTES
LILLET	OLIVAS
GIN TONIC	POROTOS
MALALA	SALAMES
NEGRONI	QUESOS
APEROL	JAMON SERRANO
CAMPARI	PAPAS BRAVAS
FERROVIARIO	CROQUETAS DE JAMON
	PINCHO DE TORTIL. A
CERVEZAS	SANDWICHES
STELLA	CARLITOS
PATAGONIA	TOSTADO DE 2 QUESOS
SIDRA	CIABATTA DE RES
ZEDRYC	BAGUETTE DE JAMON SERRANO
VINOS	FAMILIAR DE MORTABELLA
PUTINI	CIABATTA VEGGIE
TINTILLO	PIZZAS
REFRESCOS	MUZZA
LIMONADA	PIPERONI
GASEOSA	BURRATA
	CEBOLLA
	PRINCIPALES
	POSTRES
	HELADOS

culturales tan marcadas en la ciudad. Lamentablemente han ido desapareciendo en su mayoría o fueron trituradas en lo comercial. Nuestra idea fue siempre la de sostener un conjunto y le agregamos la cocina, que es lo que nosotros sabemos hacer. Respetamos todo lo original que marca la identidad del bar. El diseño de la barra lo hizo el padre de Roberto y así se mantuvo. Después tiene una vereda amplia que nos da la posibilidad de poner mesas, a lo que se suma el encanto del tren. Antes había un apeadero acá enfrente. El bar nace muy relacionado con proletarios, taxistas, colectiveros. Y hoy tiene un ambiente más familiar y de reuniones de amigos de todos los rangos etarios”, explica Carlos, que reparte su trabajo entre la cocina de Refinería por las noches y la diagramación del menú en el bar.

Luego de los meses que demandó la puesta a punto, a fines del 2019 el bar reabrió sus puertas en la versión remozada con que brilla en la ochava de San Nicolás y Salta. Revivir un lugar de estas características y asegurar su continuidad implica una necesaria adaptación a los tiempos que corren. “Acá el que entra piensa que siempre fue así. Pero el bar no tenía el menú que hoy tiene. Antes sólo se servía café, facturas, sándwiches, cerveza y maní. Y por eso

se fue achicando”, aporta Miguel. Hoy el menú ofrece una variedad de platos que van de la pizza, empanadas, minutas y sándwiches con panificación artesanal a un clásico tapeo español (jamón serrano, pinchos de tortilla, croquetas de jamón con alioli) y diversas opciones de postres, bebidas y aperitivos (tragos de autor, vermouth, cerveza y la típica sidra tirada). También, el bar reforzó su comunicación en redes sociales donde lanzan tentadoras promociones y el personal de servicio está compuesto por jóvenes sumamente capacitados (Esteban, Ismael, Juan, María, Milagros, Geraldine, Miguel, Lucía, Ailen) que cuidan el legado histórico con una sonrisa que bien vale para volver.

El renovado impulso de los hermanos Avalu ha logrado que la marca del bar se expanda hacia el centro de la ciudad con la apertura de un nuevo local en noviembre del año pasado. Con una estética similar a la casa madre, pero un concepto distinto en el servicio, el flamante espacio (Tucumán 1159) sólo cuenta con barras y banquetas, lo cual sugiere una propuesta más informal y descontracturada. “Ese proyecto fue una idea de poner en valor lo que significa una barra que sea dinámica y activa, que permita a la gente interactuar. Es una cosa infaltable en una ciudad que quiera tener una vida social”, apunta Carlos. Mientras tanto, en la esquina del Cruce Alberdi se oye el traqueteo de una locomotora solitaria que atraviesa la vía rumbo al norte. Una luna redondísima y radiante asoma desde el lado del río. Dos perros callejeros, uno blanco y otro negro, le ladran a una moto que pasa a toda velocidad. Un colectivo frena en la parada. Una carcajada sale de una mesa de la ventana. Una nena canta mientras sus padres cenan en silencio. Una pareja feliz brinda con sidra. Un bullicio constante flota como una nube. Las agujas del enorme reloj ubicado enfrente del bar están detenidas. En El Rosarino el tiempo parece transcurrir en otra frecuencia.

MAURO AGUILAR

Las mil caras de un periodista de acá

Recorrió redacciones y radios, hizo stand up, tocó en una banda de rock, hace fotografía, publicó un libro de relatos y en breve piensa grabar un álbum. Mano a mano desgrana su perfil siempre cordial y multifacético

Por **Horacio Çaró**

Nació en 1971, es rosarino, periodista con un largo recorrido —fue corresponsal de Clarín durante dos décadas e integró la redacción de El Ciudadano desde sus orígenes—, publicó trabajos en La Capital, Rosario/12, en las revistas 32 Pies y Barullo. Trabaja en radio desde 1992 y a partir de sus coberturas y notas participó en los premios Rey de España y Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano. Sus crónicas y perfiles formaron parte de los libros Historias de El Cairo y Las cosas tienen movimiento. 40 años de la Trova Rosarina.

Mauro Aguilar, de un tiempo a esta parte, ha incursionado en el stand up, recorriendo distintos escenarios y provincias y en 2019 presentó su unipersonal A grito pelado; actuó en cortometrajes; integró la banda de rock Jekyll; realizó exposiciones fotográficas; en 2023 publicó su primer libro, Agarrate Kim y otros cuentos, y está a punto de grabar un álbum musical. Más multifacético no se consigue. Pero lo más relevante es que se trata de un buen tipo, que se enamora de lo que hace, y con esa misma pasión lo cuenta a esta revista.

—Has recorrido diversos géneros en el periodismo, actuás, acabás de publicar un libro de relatos, pensás grabar un álbum musical. ¿Cómo es todo esto, cómo lo vivís?

—Necesito alternar géneros y actividades. Habitar distintos mundos. Esa diversidad es un estímulo para esquivar el tedio, para sentirme activo, vivo. Y es, también, un desafío. Empecé a tocar el piano en la adolescencia porque amo la música. Hago stand up porque me gustan el vértigo y la risa. Tomo fotos porque

lo siento como un lugar de reposo. Y en el mientras tanto el periodismo y la escritura me acompañan. Siempre. En distintos formatos. Hace pocos meses publiqué Agarrate Kim, un libro con cuentos de humor que fue concebido mientras desarrollaba mi profesión y me sumergía, por ejemplo, en crónicas muy cruentas sobre la realidad de Rosario. Los proyectos son como zanahorias. Bueno, yo vendría a ser el burro que las persigue, para caminar siempre detrás de algún objetivo.

—¿Cómo fueron tus inicios como periodista, cómo todo fue rodando hasta acá?

—Empecé haciendo radio, en 1992. Mi primera experiencia fue en LT3. Actualmente estoy en Radio Universidad. En el medio pasé por distintas emisoras y redacciones, y publiqué textos en diarios y revistas... también acá, en Barullo. Algunos dicen que el periodismo es el mejor oficio del mundo. Debería haber probado todos los otros para decirlo con certeza. No debe estar mal dedicarse al surf o a la cata de vinos (sonríe).

Pero sí, es un oficio apasionante.

—Naciste en Rosario, ¿qué representa la ciudad para vos?

—Bueno, a Rosario diría que la recorrí bastante; hasta los 36 años viví en diecisiete lugares diferentes. Me doctoré en alquileres y mudanzas. Y a pesar de los cambios, nunca me perdí. Se ve que esta ciudad me quiere. Soy orgullosamente rosarino. Las circunstancias provocaron que hace algunos años me fuera a vivir a Funes, pero mi historia, mis pasiones y mis amores están en ese



pedazo de tierra que llamamos Rosario. También en las aguas del Paraná, que es parte de nuestra identidad y donde alguna vez me salvaron la vida. Hay una ciudad postergada y descalabrada que duele hondamente. Pero Rosario se sabe tan bella que se empeña en poner a prueba nuestro sentido de pertenencia. Y en general, gana ese desafío. Los que nacimos acá estamos orgullosos de ella. Amamos su historia, sus logros, sus dimensiones, sus personajes, su geografía. La queremos y la necesitamos. Y ahora más que nunca. Esta es una ciudad que se ha caracterizado por la resistencia, por el talento, por la cultura, valores que son imprescindibles en este tiempo oscuro que estamos viviendo. Tanto se la quiere a Rosario que los que se van a buscar oportunidades en otros sitios la llevan siempre encima. Y vuelven o, como decía Troilo, siempre están llegando.

—¿Y qué te dio la ciudad en lo profesional?

—Rosario permitió mi desarrollo. Trabajé para un medio porteño durante muchos años, pero jamás pensé en irme. El periodismo rosarino es un circuito pequeño, donde casi todos nos conocemos y en el que a veces encontrar oportunidades no resulta sencillo. Pero siempre me sentí cobijado. Tengo colegas a los que quiero, admiro, celebro. Que, además, siempre fueron solidarios conmigo. Algunos me han rescatado incluso cuando el hartazgo por ciertos vicios del periodismo empezaba a alejarme de la profesión. Rosario tiene gente muy valiosa que es maltratada, que no recibe el reconocimiento que debería tener o no cuenta con las condiciones necesarias



Valeria Giménez

rias para explotar todo su talento. Ser parte de esa comunidad me enorgullece.

—Vos parecés un tipo muy serio. Sin embargo, a poco de conocerte, se nota que el humor ocupa un lugar clave en tu vida.

—Esta es la prueba de que las apariencias, a veces, engañan. La verdad es que soy una persona que encara sus tareas con absoluta responsabilidad, seriamente. Trato de ser riguroso. No me puedo permitir hacer las cosas de otra manera. Después pueden salir mejor o peor. Pero el humor es un elemento que suma, que alivia tensiones, pesares. Apelar al humor no es restarle seriedad al trabajo ni a la vida. En todo caso ayuda a escapar de las solemnidades, de la soberbia. Como decía Rosa Montero, nos cura

de la estupidez y nos permite de alguna manera escapar de la propia importancia. Siempre me gustó el humor. Desde que era chico. Siendo grande, y frente a algunas pérdidas tempranas, inesperadas y profundamente dolorosas, entendí que además de arrancarte una risa puede aliviar, sanar, salvar. Cuando hay sensibilidad, inteligencia y valentía para leer algunas situaciones de la vida el humor se convierte en un canal de comunicación muy potente.

—¿Cuándo supiste que tu relación con la palabra iba a ser determinante en tu vida?

—Es posible que en la adolescencia, cuando ya escribía algo que se parecía a poesía o que tenía el formato de una letra para utilizar en una canción. Muchos años después

estudié periodismo intuyendo que la palabra, la comunicación, serían centrales para mi vida. Pero tomé real conciencia de esa relación y de su importancia cuando atravesé momentos amargos en la profesión. Ahí entendí que podía dejar el periodismo, la formalidad de una tarea, pero que jamás abandonaría la escritura o la comunicación. Que de ningún modo me apartaría de la palabra. Con el formato que sea. Con un texto, con la actuación, con el humor o a través de una canción.

—¿Cómo surgió Agarrate Kim?

—Fue una vieja cuenta pendiente que empecé a saldar durante la pandemia. Una tarea absolutamente placentera, en ese espacio de libertad donde estás batallando con tus ideas. Publicar un libro era algo que mucha gente, durante mucho tiempo, me sugirió que encarara. Yo no me sentía apto. Un día advertí que me sobrevolaban historias para contar, con el humor absurdo y delirante como guía. Con temáticas cotidianas y otras más fantasiosas y disparatadas. Daniel Divinsky, histórico editor de nuestro amado Roberto Fontanarrosa, vio algunos textos y además de sugerencias para corregirlos —o más bien podríamos llamarlas advertencias perentorias— me dijo que observaba buenas ideas, algo que valoraba particularmente porque es una mercadería que no abunda. Un mimo maravilloso. Lo publicó Casagrande, que siempre da oportunidades a autores locales. Son diez cuentos que se proponen, modestamente, como una defensa de la alegría. Pero como no me gusta quedar atado a ningún formato, el próximo libro que estoy pensando es una crónica periodística con un trasfondo violento.

—Todos dicen que escriben, pero no se sienten escritores. ¿Te pasa eso?

—Sí, definitivamente. Acumular palabras, desarrollar una historia que capte la atención, que provoque una risa o te estruje el alma, está muy bien. Pero definirse como escritor, sólo por eso... siento que es mucho. Hay que tener un recorrido. Esto lo digo quizás porque tengo la idea de que escritores son Borges, Joyce, Kafka, Hemingway o todos los próceres que nos marcaron la vida con

“Siempre me gustó el humor. Desde que era chico. Siendo grande, y frente a algunas pérdidas tempranas, entendí que además de arrancarte una risa puede aliviar, sanar, salvar”.

ese arte. Es como la mayoría de los jugadores de fútbol: pensando en la existencia de Diego o de Messi, muchos bien podrían considerar que juegan a otro deporte. Pero aun con esa cautela y ese respeto es muy valioso que quebrems el cerco para hacer, para probar, para permitirnos el intento. No todos podemos ser Shakespeare o Diego. Pero eso no debe anular nuestra creatividad. Hay que darse la oportunidad. Si te gusta algo, adelante.

—¿Sentís que hacés stand up o se trata de un atajo terapéutico?

—En 2014 empecé un curso de stand up para incorporar herramientas

que me permitieran utilizar el humor en guiones de radio. Nunca pensé en subir con textos propios a un escenario. Pero fui pasando niveles, como en los videojuegos, me capacité con los mejores y el stand up se transformó en una parte de mi vida. Subí a distintos escenarios con el grupo al que pertenezco, Soltá la Banana. Bares, teatros, espacios culturales. Un día presenté mi unipersonal, A grito pelado. Y acá seguimos. Hace poco participé de un ciclo en el teatro La Comedia y fue maravilloso estar en un lugar tan emblemático de la ciudad. Fue como un regalo después de casi diez años de actuaciones. Provocar la risa es algo muy poderoso. En esa ceremonia hay una energía difícil de explicar. Un premio para el alma.

—¿Qué es eso de que vas a grabar un disco?

—Un sueño y un proyecto para estos meses que vienen. Como todos los otros —el libro, el stand up, la actuación en algunos cortometrajes, una muestra de fotos, los nuevos formatos periodísticos en los que estoy pensando— son una excusa para estar activo, pleno. Para sentirme vivo. En el último par de años compuse unas cuantas canciones. Terminé la experiencia con Jekyll, la banda que integraba, y ahora quiero trabajar en esos temas que están bellamente contagiados por muchas de las influencias musicales que me atraviesan. Hay amigos profundos que la rompen haciendo música. Que han tocado con los mejores. Ellos aceptaron ayudarme. Sin la participación de ellos, no podría. Como sucede con tantas otras aventuras que no serían posibles sin la compañía y el apoyo de los afectos. Entonces, allá vamos: a perseguir una nueva zanahoria.

FONTANARROSA EN SATIRICÓN

Humor Negro

El Archivo Histórico de Revistas Argentinas (Ahira) lleva adelante un excepcional proyecto: la historia de las revistas argentinas en el siglo veinte a través de su digitalización para consulta libre y gratuita. En 1974 la revista Satiricón publicó una historieta del treintañero Roberto Fontanarrosa en su número 22, a partir de un hecho que en estos días volvió a estar presente a través de una película sobre un avión que se estrelló en la cordillera de los Andes. El escritor Juan Sasturain sostiene que “el humor negro es la teatralización de una identidad que se denuncia, a través de una parodia que resalta lo manifiesto. No inventa, enfatiza”

FOTOS

Capturas en las redes sociales



Nocturno calle Ocampo. Diciembre 2023. Alejandro Lamas



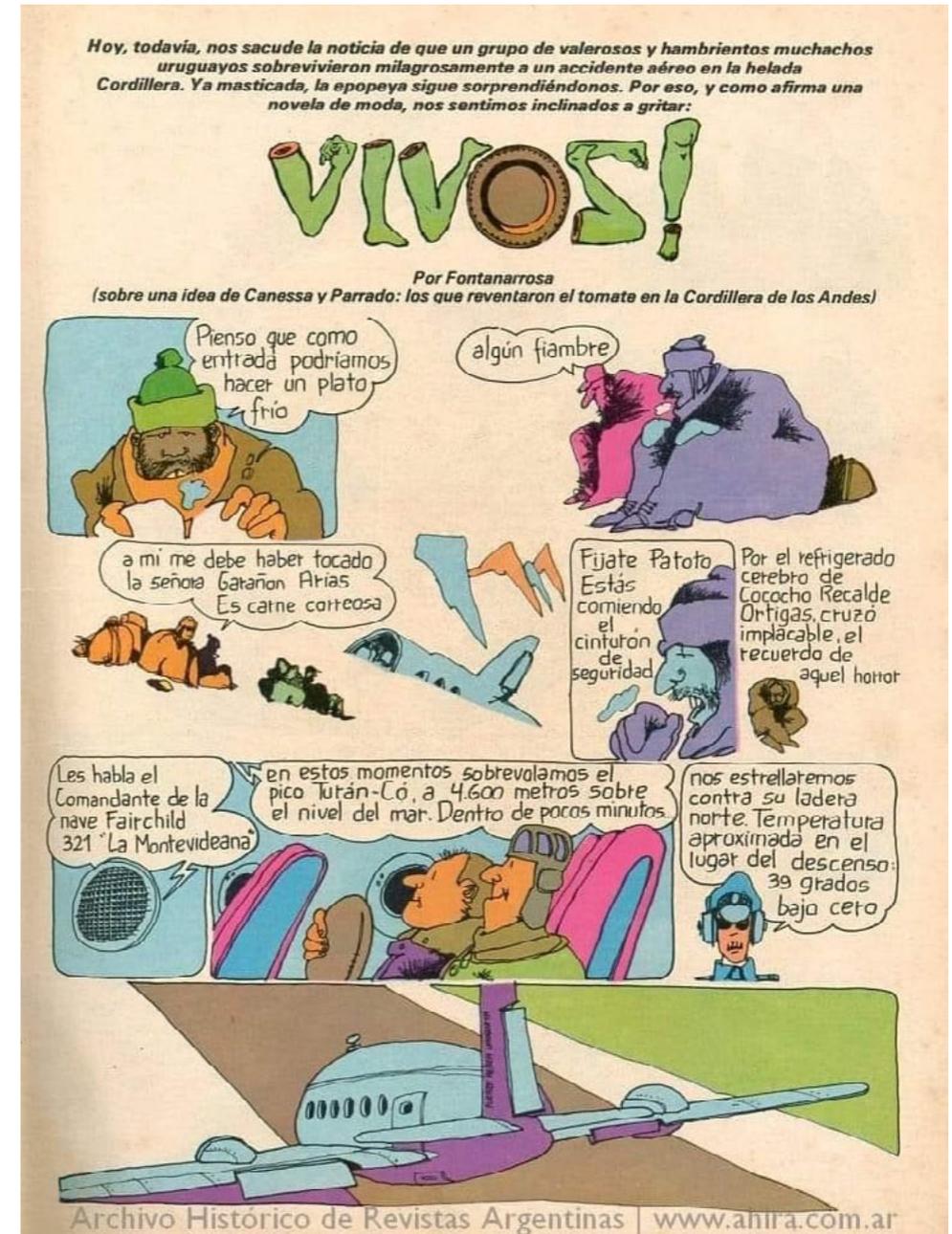
Bar El Cairo. Hugo Goñi



En bulevar Oroño. Febrero 2022. Silvio Moriconi



Gotas de lluvia sobre vidrio y edificios fantasmas. Verónica Solina





SUSANA RUEDA, MINISTRA DE CULTURA DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

“La política me enseñó a ser permeable a las ideas del otro”

Por Evelyn Arach
Fotos: Sebastián Vargas



Dejó el periodismo, la zona de confort, como la llamó, para incursionar en política, primero como concejala y ahora a cargo del único Ministerio de Cultura que mantiene ese rango en el país. Anhela que la escucha aprendida en el oficio periodístico sirva para para construir herramientas conjuntas, transversalidad, con los colectivos culturales de la ciudad y la región

Susana Rueda creció en Almafuerte y Lenzoni, una esquina ubicada a sólo ocho cuadras del Gigante de Arroyito. Un barrio de laburantes. Pasó su infancia con sus padres y dos hermanos varones: Daniel y Adrián. Ella, única mujer, fue la hija del medio. ¿La más inquieta? Quizás. La más “famosa”, seguro. Fue la cara visible del noticiero en Canal 5 y luego del magazine matutino de esa emisora durante un total de veinte años. Su belleza, dicen, despertó la admiración del mismísimo Diego Maradona cuando jugaba en Newell's. Pidió su teléfono. No se lo dio. Rueda por entonces estaba en pareja y era fanática de Central, el club rival. Lo es.

Se casó por primera vez a los 21 años. Se divorció. A los 23 comenzó la convivencia con el padre de sus dos hijos. Logró abrirse paso en el periodismo y estar presente en sus vidas “haciendo malabares como hacemos todas”, admite. Su pareja tenía dos trabajos: uno vinculado al periodismo, el otro a la política. El último ganó la pulseada y él logró lugares clave en el Partido Socialista. Rueda siguió siendo comunicadora y cercana al peronismo. Cuando nacieron sus hijos, se mudaron cerca de los abuelos. Hoy, la abuela que se deshace en elogios es ella. Caterina se llama la beba. De cachetes redondeados, ríe a cámara divertida y es posible ver una luminosa mirada de ojos marrones.

Ir a ver a Central a la cancha, visitar a sus primos en Empalme Graneros y de vez en cuando dejarse deslumbrar por el cine era toda la diversión posible en la infancia de Susana Rueda. Correr por las veredas esquivando vecinos con sus reposeras es el recuerdo más inminente al evocar esos años. Por entonces escuchaba la banda liderada por Luis Alberto Spinetta, Pescado Rabioso, y Creedence Clearwater Revival, influenciada por su hermano Daniel. “Todavía me conmueven -dice a Barullo-. No podíamos escuchar folclore porque en dictadura estaba prohibido”.

-¿Cómo era tu casa?

-Crecí en Arroyito en una casa de padres trabajadores. Mi mamá siempre fue ama de casa; mi papá, inspector de seguros. Fue un hogar que pasó por muchos avatares, muchas necesidades, con créditos hipotecarios sacados durante la dictadura imposibles de pagar, lo que nos obligó a vender la casa y achicarnos, achicarnos... Convivía con mis dos hermanos, vivíamos con mucha humildad, mucho trabajo, mucha resiliencia. Ese fue un enorme aprendizaje.

-¿Cómo definirías ese aprendizaje?

-Aprendí a respetar a la gente de trabajo. Pero además crecí en un barrio donde los vecinos estaban en la vereda, compartíamos las tardes, los mates, los juguetes, la vida. Crecí con mucho cariño. Tener una barra de amigas y amigos para mí fue una maravilla. Como familia teníamos un instinto gregario: vivía muy cerca de mi abuela.

-¿Hubiera pensado esa niña que un día iba a ser ministra de Cultura de la provincia de Santa Fe?

-No, ni esa niña ni la adolescente que empezó a soñar con ser periodista, ni la adulta que fui. No lo imaginé nunca. Cuando me convocaron realmente no me lo esperaba. Pero siento que no puedo retroceder. Empecé a volver a espacios como el Museo Julio Marc al que necesitamos promocionar con muestras itinerantes y acercarlo a la gente.

En 2019 Susana Rueda se lanzó a la política. Le fue bien. Con el rostro ya instalado en la memoria colectiva llegaron los votos. Ganó la interna y luego su lista se impuso en las generales. Encabezó la boleta socialista en el Concejo Municipal. En 2023 renovó el mandato. Salió tercera entre 150 listas en las primarias y logró un lugar en el bloque oficialista de Unidos para Cambiar Santa Fe, una alianza que reunió a sectores conservadores con otros más progresistas. Pero entonces el flamante gobernador Maximiliano Pullaro la convocó para ser ministra de Cultura. Aceptó. “Es un desafío enorme, hermoso”, se sincera. Y asegura que su premisa es la misma que acuñó cuando era moviera en LT8 y durante su paso en el Concejo: “Con los pies en el barro”. Lejos del elitismo intelectual, Rueda piensa su gestión desde una impronta que busca acercar a la gente entre sí y pacificar barrios donde la pobreza y la violencia amasijan a pobres corazones.

-¿Qué aporte real puede hacer la cultura en un contexto tan complejo?

-La cultura le cambia la vida a la gente. Tenemos claro que cuando vos construís convivencia, baja la violencia. Por eso hablamos de ocupar el espacio público. Es un complemento de la política específica de seguridad que impuso mayor patrullaje y un control más duro del servicio penitenciario. No estamos de acuerdo con el recorte a la cultura. Nosotros vamos a defender la cultura por todos los medios. De hecho, nos estamos reuniendo con los productores audiovisuales, con los representantes de artes escénicas, de bibliotecas populares, viendo cuál es la

necesidad que tienen para seguir funcionando.

-¿Cómo se posiciona como ministra de Cultura de cara a un presidente de la Nación que plantea desfinanciar instituciones históricas de gestión y promoción del arte?

-Mi postura es la del gobernador Pullaro, que nos dio indicaciones específicas de garantizar el derecho del acceso a la cultura para todos los ciudadanos santafesinos y santafesinas. Eso es una decisión fomentada a partir de sostener el Ministerio de Cultura con esa jerarquía. Es el único ministerio a nivel nacional.

-¿Qué programas específicos ya están en marcha?

-Programas como “Yo vi tu corazón”, que tiene que ver con la construcción de lazos solidarios. Queremos reparar las huellas dolorosas de la pandemia ocupando el espacio público. Con mesas, kermesse, dispositivos lúdicos para niños y niñas... Espacios para contar dónde vimos el corazón del otro y que la gente pueda empezar a abrirse. En Rosario está pensado para plazas y lugares públicos.

-Hay una insistencia en acercar la cultura a los sectores populares...

-Porque son sectores que no tienen acceso. No saben lo que es un cine, una obra de teatro. Durante la pandemia, que fue durísima, me tocó ser concejala y recorrer esos lugares. Sé lo que digo. En Empalme Graneros hay una organización social que se llama Centro Comunitario Olavarría y ellos arman espacios con magos, juegos... Y cuando vos ves a los chicos disfrutándolo, te das cuenta de lo importante que es. Necesitamos que eso pase en todos los barrios. Hoy hay muchos niños y niñas que no pueden trasladarse al centro, entonces hay que acercar la cultura a los barrios. El ministerio tendrá una impronta territorial en toda la provincia.

-Eso requiere una construcción desprejuiciada respecto a quienes habitan los barrios más humildes.

-Y sí, porque los pobres no son pobres porque quieren. Es muy difícil pensar que alguien tiene lo que se merece. Porque partimos de bases diferentes. Yo fui a una escuela primaria pública, mis hermanos también. Crecí con gente humilde. ¿Qué prejuicio puedo tener? Ninguno.

Esa mirada también incluye a los adolescentes, hoy ace-



“No todos los chicos quieren ser electricistas o plomeros. Muchos quieren ser traperos o raperos. Nuestro trabajo es construir oficios culturales para los pibes”.

chados por bandas delictivas que atraviesan los lugares más duros de la ciudad. Cultura es parte del programa Nueva Oportunidad, que capacita en oficios. No todos los chicos quieren ser electricistas o plomeros, peluqueros. Muchos quieren ser traperos o raperos. Nuestro trabajo entonces es construir oficios culturales para los pibes. Salas de ensayos para los que quieran estudiar música. Desde el Concejo humildemente compré dos micrófonos y dos bafles para llevar a un centro comunitario en avenida de la Travesía y se armó un centro de rap y trap que les cambió a la vida a diez pibes. Pibes que habían pasado por la cárcel, que tienen marcas de bala en el cuerpo, que usaron armas. Ellos están convencidos de que el arte les salvó la vida. Entonces expandamos esa experiencia para que nuestros pibes no vuelvan a la calle. Enseñémosles a vocalizar, a construir canciones. Si después le da de comer o no, no lo sabemos. Lo im-

portante es que les marque un proyecto de vida”, señala Rueda.

En estos días se está relanzando Espacio Santafesino, con líneas de fomento específicas para la producción de libros, discos, teatro, arte. Bajo la premisa de que el acceso a la cultura requiere de producción local. Con recursos del Estado y del sector privado. Parte de la tarea es convencer a empresarios, productores agropecuarios e industriales para que hagan su aporte.

Su presencia en la tele durante veinte años como conductora de programas periodísticos y de entretenimiento generan curiosidad, un dejo de cholulismo urbano. Ella descubre el velo y apuesta a la cercanía.

-¿Cómo es el día a día en tu vida?

-Cuando estoy en Rosario, mi lugar es la sala Lavardén. De acá me empiezo a mover hacia distintos lugares. Trato de

LA CHIQUI

La primera vez que Susana Rueda vio a María de los Ángeles Chiqui González tenía 17 años. Una Chiqui treintañera dirigía la agrupación teatral Discepolín, constructora de conciencia colectiva en plena dictadura. Los años pasaron y Chiqui fue varias veces secretaria de Cultura de la Municipalidad de Rosario y ministra de Cultura de la provincia en la gestión socialista. Durante todo ese tiempo Rueda se dedicó de lleno al periodismo.

Cuarenta años después, mantiene la admiración que los alumnos les profesan a sus maestros. Y la sororidad que sostiene unidas a muchas mujeres.

-¿Hablás con Chiqui?

-Sí, nos reunimos y nos vamos a seguir reuniendo. Ella me da consejos, me tira ideas. Para mí son oro. Ella piensa en una sociedad que parte desde las infancias y ese es un concepto hermosísimo. Porque cuando vos traés a un niño o una niña a un espacio cultural, traés a toda la familia. Ella tiene un cerebro gigante que piensa en clave de cultura y de acceso a derechos. La cultura como promotora de la convivencia y la alegría. Chiqui puso en marcha el programa “Un día en tu barrio”, que llevaba propuestas artísticas a barriadas urbanas y lograba reunir a muchísimos vecinos. Rueda asegura que en la gestión que le siguió a Chiqui se descuidaron los espacios culturales. “El Museo Julio Marc tiene goteras y el Museo del Deporte tiene agujeros en el techo. La Casa Arijón está completamente deteriorada. Además, todo lo que se había hecho en la sala Lavardén para las infancias está destruido”, describe.

recorrer al máximo toda la provincia. Fijate que en el mapa que tengo en la oficina, voy marcando los lugares donde hemos estado y viendo los que me faltan (N. de la R.: el mapa tiene puntos marcados desde el extremo norte al extremo sur). Estamos estableciendo desde el ministerio las postas culturales. Reunimos a los intendentes en la ciudad cabecera de departamento y escuchamos las necesidades de cada comuna.

-¿Cuál es el lugar de las mujeres en esa construcción?

-Es central. Estamos convencidos de que tenemos que construir una cultura del respeto a las mujeres, una cultura del respeto a la diversidad y una cultura de la nueva masculinidad, sustentada en la igualdad de género.

-El periodismo te enseñó a escuchar... ¿y la política?

-La política me enseñó a contemplar estrategias para obtener objetivos. A ser permeable a las ideas del otro. A darme cuenta de que los partidos políticos no son compartimentos estancos: que se puede construir transversalidad como hicimos ahora con el frente Unidos para cambiar Santa Fe. A que la escucha que había aprendido en el periodismo sirva para construir herramientas conjuntas.

-¿Qué pensás de que tantos periodistas hayan seguido el mismo camino y hoy se dediquen a la política?

-Cuando yo dije que al hacer política salía de mi zona de confort, muchos colegas me criticaron. Pero después hubo colegas que se sumaron a este camino, trabajaron cerca mío y terminaron dándome la razón. Porque cuando hacés periodismo durante años, llega un momento en el que sabés lo que estás haciendo. En cambio, cuando te lanzás a la política te encontrás con escenarios más arduos, más complejos y donde si no tenés humildad no te va bien. Hay que aprender otros mecanismos de diálogo e interacción. Además, si lo hacés con la responsabilidad que la tarea amerita, no es un trabajo, es un estilo de vida 24/7. Me parece muy bien que haya colegas que se dediquen a esto. Es comprometerse con los ideales para cambiarle la vida a la gente.

-¿Cuál es el mensaje para los artistas, que hoy ven su trabajo menospreciado desde distintos sectores políticos?

-El mensaje es claro: los artistas junto con la ciudadanía son los constructores y garantes de que la cultura siga existiendo. Son valiosísimos.

Susana se ceba un mate. Un chico joven, Gino, entra a su despacho. El flamante funcionario lleva zapatillas y piercing. Dialogan sobre una recorrida. Lo popular se impone. La cultura no es elite, parece sugerir en todo momento. Pero no lo dice. Me despido y noto que en el despacho no hay televisores.

MARTÍN PRIETO, POETA, ENSAYISTA Y DOCENTE UNIVERSITARIO

Un rosarinista a bordo de un tren que maneja Juanele

Experto en literatura nacional, una de sus pasiones es la producción literaria de y sobre la ciudad, la que repasa en diálogo con BARULLO. Además se preocupa por la ausencia de crítica y analiza la actitud de los jóvenes frente a la tradición

Por **Alicia Salinas**

Fotos: **Sebastián Vargas**

Doctor en Literatura y Estudios Críticos por la UNR, profesor de Literatura Argentina II, director del Centro de Estudios de Literatura Argentina, Martín Prieto (1961) tiene una vasta trayectoria también fuera de la universidad, como ensayista y poeta. Durante 15 años integró el consejo de redacción del mítico Diario de Poesía, estuvo al frente del Centro Cultural Parque de España, coordinó el Festival Internacional de Poesía de Rosario y pasó por la Editorial Municipal, por citar algunos de sus múltiples roles. No resulta extraño que se considere antes que académico un agitador cultural, ya desde la cátedra donde la literatura nacional equivale a una conversación familiar -de textos y autores entre sí-, ya como organizador más allá de los límites de la Facultad de Humanidades de La ciudad que yo inventé. Estas jornadas indagan en la producción de y sobre Rosario, una de las pasiones de quien se define como “rosarinista”. Rechaza de plano que exista una lit-

eratura local pero reconoce una del Litoral, cuyo centro sigue siendo el entrerriano Juan L. Ortiz, idea que le viene de su admirado Juan José Saer. Años atrás estuvo a bordo del mismo tren que éste tomaba para ir de París a la Bretaña, y en el que en su época viajaron Ricardo Rojas y Rubén Darío, por lo que comenzó a investigar hasta reparar en un gesto de generosidad del nicaragüense, quien le prestó a Rojas una sombrilla para caminar por la playa. En el ensayo Un enorme parasol de tela verde (Eduner, 2023) plantea que “toda la literatura argentina del siglo XX y del XXI se escribe a la sombra de la obra de Rubén Darío”. Para que no queden dudas luego dirá que Darío, nacido en Nicaragua, es la figura principal de las letras argentinas. Por eso naturalmente también está Juanele, el maquinista de nuestra locomotora...

-Poeta, investigador, docente, gestor, ensayista, crítico, periodista. ¿Te reconocés en estos oficios?

-En todos. Muchas de esas actividades se vinculan con lo que ahora se llama gestión cultural, cuya profesionalización me resulta un poco exagerada. Cuando sacábamos el Diario de Poesía, una tarea de periodismo cultural, también se organizaban concursos y lecturas, salían un montón de libros, y hasta la forma en que se publicaba el Diario era gestión cultural. En la Facultad nuestros programas surgen de investigaciones sobre la literatura argentina de los siglos XX y XXI. Incluso las tareas del Centro de Estudios cuando organizamos las jornadas sobre literatura argentina en Rosario -no literatura rosarina sino la que se escribe, se lee, se produce, se distribuye o tiene como escenario a la ciudad-. Siempre me siento el mismo, no hoy profesor, mañana investigador y luego gestor cultural. Y así fue desde que empecé en la universidad, muy joven, como ayudante de María Teresa Gramuglio. Ya a principios de la democracia organizamos la jornada Los poetas y

sus poéticas, donde invitamos a autores rosarinos a leer y a presentar, teóricamente, sus textos. Estaban Jorge Isaías, Carlitos Piccioni, los poetas que admirábamos cuando empezamos a leer literatura a los 18, 19 años. El otro día una amiga encontró una foto de la presentación de 1980 en el Centro de Arquitectos, con pintores y poetas, Arte joven y a quién le importa. Eso que había olvidado es como un germen de escribir, estudiar y moverla todo el tiempo, organizando ciclos y lecturas, saliendo de la universidad. Una vez María Teresa me dijo: “En la universidad contra la universidad”. Me gusta mucho eso, estudiar y tener una interlocución con los jóvenes estudiantes de Letras, pero también ir un poco en contra de la pompa academicista. La ciudad que yo inventé, por ejemplo, se ha hecho en la biblioteca Vigil y en la Alfonsina Storni. Para ver si hay otros públicos y salir del pesado ámbito de la calle Entre Ríos.

-¿Es conflictiva la relación entre academia y ciudad?

-Para mí no. Hay una tensión, una idea bastante idiota –esa es la palabra– de algunos escritores que necesitan ser reconocidos por la universidad. Y la universidad es un ámbito de reconocimiento posible para la obra, no el único, también lo son los medios de comunicación y los lectores. Pocos autores logran una legitimación simultánea del público elitista de minorías y el masivo, que son dos públicos diferentes y diferenciados, los medios, la universidad, los pares. Un escritor de escritores, un escritor de gran público, uno de público de minorías, un escritor de universidad.

-En los medios hay cada vez menos espacio para la crítica...

-Totalmente. Un espacio superimportante de difusión de obra, de



crítica, se perdió en los diarios locales y nacionales, un espacio de reseñas bibliográficas como el que había en El Ciudadano cuando teníamos (el suplemento) Grandes Líneas. Además la reseña como espacio crítico, no en el que se convirtió ahora, que sólo se publica: “Me encantó, me encantó, me encantó”. Parece ser el signo de la época. ¿Cómo te va a encantar todo? ¿Cómo te va a encantar un libro por semana? Hay grandes momentos en la historia de la literatura argentina y del periodismo cultural, desde las reseñas que publicaba Borges en la revista Sur en adelante, a Babel en su momento, Diario de Poesía, muchos diarios de tiradas importantes. Una

tradicción en la que sería bueno los periodistas culturales se apoyaran. Hoy todo me parece, salvo algunas excepciones y reseñas lindas, una especie de contratapismo alabatorio del libro que se comenta.

-¿Cómo es tu trabajo como profesor titular de Literatura Argentina II?

-Damos desde Horacio Quiroga y las vanguardias hasta autores más o menos contemporáneos. La última unidad este año fue César Aira, otros años Martín Gambarotta, Fernanda Laguna. Siempre debe haber una perspectiva histórica. En el presente puro es muy difícil valorar una obra,

que muchas veces no está acompañada por la crítica. Tratamos de cambiar cada año ese autor nuevo del programa y en ese sentido los auxiliares jóvenes de la cátedra presionan. Estamos todo el tiempo leyendo. Lo que leímos, las evaluaciones sobre autores que nos gustan pero no funcionaron -a los alumnos no les interesó, nadie preparó ese tema para un examen- son cosas que valoramos, como que muchos de nuestros alumnos van a ser, o ya son, profesores de enseñanza media. Ahí hay una combinación de la utilidad y del interés, de lo bello y de lo útil. Queremos dar Roberto Arlt, por supuesto, pero hay que pensar si conviene El juguete

rabioso, que posiblemente se ve en la secundaria, antes que *Los siete locos* o *Los lanzallamas*. Estas discusiones arman un programa sobre cómo se relacionan los textos entre sí, la obra de Saer con la de Juanele, la de Borges, la de Arlt, hacia atrás. Y hacia adelante con la de Gambarotta o la de Sergio Raimondi, si introducimos a Raimondi al programa. Cómo se arma esa gran familia de la literatura argentina.

-No es un muestrario de autores, lo ven en términos de proceso.

-Tal cual. Que puedas armar una línea. Armamos durante un año una

línea de Alfonsina Storni a Juana Bignozzi, de Bignozzi a Fernanda Laguna. No solamente Juana insular, Alfonsina insular, Fernanda insular, sino una conversación. Siempre en ese proceso que está en movimiento, contactando el pasado con el futuro y viceversa, y todo a su vez con nuestro presente de la literatura argentina.

-¿La literatura rosarina se puede pensar en términos de proceso?

-Se realizaron intentos, que no voy a evaluar, de historias de la literatura rosarina en la que te ves obligado a someterte a la periodización de la literatura argentina. Es decir, vanguardia, modernismo, posmodernismo, los años 60, realismo. Movimientos que interpelan a la literatura argentina en general. Por lo tanto, podés pensar cómo funciona la literatura argentina en Rosario, no una literatura rosarina en términos absolutos. Porque no existe. Existen grandes escritores que forman parte de la gran literatura argentina. Y fenómenos que también me interesan mucho como rosarinista.

-Nunca había escuchado esa palabra.

-Soy super-rosarinista: decidí vivir, dar clases, trabajar, tener mis hijos acá. La mía es simplemente una mirada con una distancia crítica. Me interesa, por ejemplo, Rosario como escenario. Con Nora Avaro y Pedro Cantini, cuando estuvimos en la EMR hicimos *Rosario ilustrada, una guía literaria de la ciudad*. Un libro precioso porque le da un enorme peso simbólico a la ciudad. Está el Rosario Norte de Borges. La Bola de Nieve de Angélica Gorodischer. El bar de Paco Urondo. Raymond Carver en el Jockey Club. Graham Greene con el libro *Viajes con mi tía*, que paran en un momento en el puerto de Rosario, rumbo a Paraguay. Me interesa la lit-

eratura que se escribe acá y muchas veces las editoriales rosarinas tienen la responsabilidad de que se conozca. En la EMR hicimos un libro sobre Emilia Bertolé, más conocida como artista plástica que como poeta, que va por una segunda o tercera edición. Seleccionábamos qué títulos iban a formar parte de lo que se llamaba la colección mayor o también Los Gordos, que son Arturo Fruttero, Aldo Oliva, Francisco Gandolfo, Bertolé, Irma Peirano. Participé en la selección de casi todos.

-¿Era una deuda que tenía la ciudad?

-Creo que los tiempos mandan más que en la idea de deuda. Hay cosas que caen por su propio peso. A lo mejor hacer esas obras completas antes hubiera sido fuera de tiempo. Porque tenía que haber una editorial funcionando, con distribución y plata para imprimir los libros en imprentas dignas, que ganaran las correspondientes licitaciones. Cuando Elvio Gandolfo desde la Editorial Municipal decide hacer (Felipe) Aldana y Fruttero, también tiene que ver con una generación. Los lagrimales, en los 70, Eduardo D'Anna entre ellos, leen por primera vez a los autores de los años 40 y dicen: "Acá hay antecedentes nuestros". Nuestros antecedentes no son solamente los poetas mexicanos, ni la revista El Corno Emplumado, ni la generación del 70, ni los beats norteamericanos, sino también los autores de Rosario. Y salen esas primeras ediciones, la editorial IEN (Instituto de Estudios Nacionales) saca la primera edición de Aldana. Eso va armando un tejido.

-En la apertura de la última Feria del Libro de Rosario, Selva Almada sostuvo que está perimido el concepto de centro y periferia. ¿Acordás?

-Saer en un reportaje dice: "El centro

de una literatura no es adonde están los críticos literarios ni los medios ni los periodistas ni las editoriales. Está donde está su máximo escritor. Cuando yo escribía, el centro de la literatura argentina estaba en Paraná, porque ahí estaba Juanele". Una idea preciosa. Además efectivamente los escritores iban a verlo a Juan L. Ortiz: todo el grupo de Poesía de Buenos Aires, Saer, en los años 70 César Aira, Tamara Kamenszain, Héctor Libertella, lo que indica una fuerza centrípeta. Iban de Santa Fe, que era más fácil, y de Rosario. Un poema hermoso de Francisco Gandolfo invita a los amigos a subirse a una alfombra voladora para visitar a Juan L. Ortiz.

-Tampoco él se movía...

-Era un rey sentado en su trono, en el parque Urquiiza mirando al Paraná. Me contaba Isaías que si llegaba un visitante y se sentaba de espaldas al río, Juanele le decía: "No lo ofenda, por favor". Y lo obligaba a sentarse de cara al río. Así que no estoy del todo en desacuerdo con Selva -aunque se fue a vivir a Buenos Aires, puso su editorial y publica allá-. Hoy pueden pensarse varias historias de la literatura argentina con centros alrededor, centros que siempre los dan los grandes escritores. Sí podemos pensar una literatura, no diría de Rosario, del Litoral, que involucra a Juanele, a (Carlos) Mastronardi, a Saer, a Paco Urondo, a los lagrimales, a los cachimbas, es porque la figura de Juanele concentra una historia que se arma a su alrededor y dura 60 o 70 años. No es una obra terminada, claro, es una obra viva, que todavía interpela a los lectores, a los críticos, a los escritores de poesía argentina.

-¿Hay también otras literaturas en el país?

-No me gusta esa idea hasta que se

demuestre lo contrario. ¿Y quién demuestra lo contrario? El que la escribe. Se han hecho colecciones: la literatura del Noroeste, de la región centro, patagónica. Me deprime. Porque primero debe existir ese autor que concentre a lo largo de años una fuerza, lo que diría Harold Bloom, un autor fuerte, un autor faro que difumine la potencia de su obra y de su literatura hacia el futuro y hacia el pasado. ¿Qué es Juanele? Es Rubén Darío, es Leopoldo Lugones, es Mastronardi en términos contemporáneos, y es hacia el futuro un montón. Es Saer, pero no solamente, es los poetas neobarrocos, Arturo Carrera, Néstor Perlongher, Kamenszain. Y los poetas contemporáneos que vinieron después de esa generación de neobarrocos y de objetivistas, que fuimos todos sus lectores.

-Se oponían entre comillas, pero todos leían a Juanele.

-Exactamente, la disputa en los años 80 y 90 entre objetivistas y neobarrocos, que ya forma parte de las grandes polémicas de la literatura argentina del siglo XX, pierde potencia cuando ves que había muchos autores comunes, entre ellos Juanele. Un autor con la fuerza de propiciar tradiciones antagónicas.

-Estás en contacto permanente con jóvenes. ¿Cómo ves la relación lectura-juventud?

-Creo que los jóvenes se leen sobre todo a sí mismos. Si un joven poeta hace una lectura en un bar se concentra una gran cantidad de público que no habría si viniese a Rosario Miguel Ángel Petrecca, para mí un superpoeta, o Martín Rodríguez, por ejemplo. ¿Qué va a salir de eso? No sé. Sé que hay un ejército de poetas y muchos están en la Facultad. Me alegra que muchos de los poetas publicados en los premios Aldana, etcétera, pasaron por nuestra cátedra,



leyeron a Juanele, a Bignozzi, a Leónidas Lamborghini en esa formación. Una formación no sólo de profesores, también de escritores.

-Lo que relatás de obviar la tradición no se vio en otras generaciones.

-Hay un mundo de comunicación, la comunicación en redes, que arma comunidad. Esa comunidad y sus razones son todavía un poco indefinibles. Es evidente que propicia que haya lecturas de poetas jóvenes que atraen a una cantidad de público de protoescritores y subescritores, y de escritores también. Como una reunión generacional. No digo que me gusta ni que no me gusta. Lo veo como un fenómeno.

-¿Leerán a Juanele?

-No sabemos qué leen, creo que se leen sobre todo entre ellos. No me parece mal. Harold Bloom, siguiendo a San Valentín, que dice “Dichosos los que están en el Padre sin conocerlo”, lo interpreta en relación a Shakespeare: todo escritor en lengua inglesa, por más que no haya leído a Shakespeare, está incluido en Shakespeare. Y yo digo de la poesía argentina contemporánea: “Dichosos los que están en Juanele, aun si no lo hayan leído, están incluidos en su obra igual”. Porque la ramificación de su obra es tan impresionante, que si leyeron a Gambarotta, leyeron también a Saer y, por lo tanto, a Juanele, por más que sólo hayan leído *Punctum*. Es mi idea sobre cómo se arma una tradición literaria.

-Si la tradición literaria se relaciona con fenómenos sociales, políticos, históricos, ¿el ascenso de la ultraderecha puede provocar cambios en las escrituras?

-Me parece prematuro pensar qué pasará en términos culturales. Sí

podemos pensar que durante la dictadura se escribieron *Respiración artificial* en Buenos Aires y *Nadie, nada, nunca* en Francia. *Cadáveres*, de Perlongher. Libros superimportantes se escribieron bajo un régimen dictatorial y sus proyecciones, incluso hacia afuera, porque afuera no estaban de vacaciones. Los poetas de los años noventa, como decía Mirta Rosenberg, la generación de más larga duración de la literatura argentina, se forjaron bajo el imperio y la presión del gobierno menemista. Si tuviera que augurar algo, pienso que se darán lazos de aproximación entre poetas, escritores y editores, más potentes de los que existen ahora, que ya son potentes.

-Lo pensaba en términos de hipótesis.

-Hay cosas que están pasando ahora en la literatura argentina que no conocemos. Leí La voluntad, de Petrecca, el poeta argentino que vive en China. Yo había leído un libro anterior, una especie de crónica sobre París. Me gustó mucho y me prestaron La voluntad, que salió hace como diez años. Es extraordinario. Entonces hace diez años estaba pasando este libro y no me di cuenta. Lo publicó Bajo la Luna, no una editorial ignota de un pueblo de Uruguay, en un catálogo precioso de poemas. Si se me pasó a pesar de que soy profesor e historiador, ¿qué se me está escapando ahora? ¿Qué puedo proyectar de lo que pasará con el futuro de la literatura argentina? No lo sabemos. Por eso decía que los tiempos mandan. ¿Cuánto le costó a la obra de Juanele tener un público más grande de sus ediciones de autor? Recién en 1970 se publica la edición de la Vigila y en el 96 su obra completa por la UNL. Hace 30 años Saer se leía en la revista Punto de Vista, en Diario de Poesía, en un círculo de profesores y escritores. Hoy

decís: “Te traje el regalo de Navidad, *Glosa*” y te contestan: “Qué bueno, no lo tenía”. De repente Saer es un signo compartido.

-¿Saer es el autor que más admirás? ¿Tenés alguno que más admires?

-Tengo autores que leo mucho. A Saer, a Fernando Pessoa, a Rubén Darío. Rubén Darío me parece la figura principal de la literatura argentina siendo nicaragüense. Porque en eso que decía de los maestros, todos están en Juanele, pero Juanele está en Rubén Darío. Sus crónicas son excepcionales, los prólogos a sus libros de poemas, sus poemas, la figura de él me encanta, el nicaragüense que se va colando como desprovisto de nacionalidad, porque así era hace cien años. No la Nicaragua que uno reconoce rápidamente como un lugar de poetas, entre otras cosas por él, de Ernesto Cardenal y todos los grandes escritores nicaragüenses del siglo XX. Cuando Rubén Darío empezó a escribir no había grandes escritores nicaragüenses del siglo XIX. Con esa nacionalidad desprovista de pátina poética llega a Chile, a Argentina, a España, sólo con su talento.

Si hay un genio en la literatura argentina, porque Argentina fue muy importante para la difusión de su obra y por las proyecciones de esa obra en nuestra literatura, es Rubén Darío.

-¿Das talleres?

-No, di taller una vez y espero que los pocos alumnos que tuve no lo recuerden. Tal vez mi propia condición de profesor me generaba una especie de horror al vacío y no escuchaba bien. El gran tallerista, el gran coordinador de lecturas, sabe escuchar callado hasta que le reveles una verdad. Yo hablaba, hablaba, terminaba agotado. No me sentí dotado como otros, por ejemplo el famoso taller de Laisecca o el de Daniel García Helder y Ar-

turo Carrera en Buenos Aires, por el que pasaron Gambarotta, Alejandro Rubio, Marina Mariasch, Santiago Llach, Washington Cucurto. Arturo y Daniel se ve que sabían acompañar esas obras. Y yo no tengo ese talento, ese don, esa gracia.

-Preferís seguir el programa.

-Me siento más amparado en el contexto de la literatura argentina de los siglos XX y XXI. De todos modos no es un programa dado sino que lo armamos.

-Y además está en mutación por las lecturas que hacen, por vaivenes institucionales...

-Inclusive por la escucha de los alumnos. Nosotros dimos algunas veces poemas de Alfonsina Storni y no pasó nada. Y hace dos años la clase era un infierno de todo lo que propiciaba, 2018 mediante, su obra. También somos sensibles a eso. Si tenés un grupo de alumnos y alumnas enarbolando un pañuelo verde, Bignozzi, Storni y Laguna se leen mejor. Porque interpelan más. Si encima a eso lo ponés en cotejo con las crónicas de Arlt y ves cómo los dos estaban escribiendo lo mismo en el mismo momento, a qué público se dirigían, cuál era la figura de la mujer, la idea del matrimonio, también te arma una conversación.

-Hablemos de tu obra. Acabás de publicar *Un enorme parasol de tela verde*.

-Es un libro de ensayos que publiqué en la editorial de la Universidad de Entre Ríos, en una colección cuyo primer título fue una selección de ensayos de Gramuglio y luego esta mía, que prologó Raimondi. Ahora saldrá una de Analía Capdevila, prologada por Sandra Contreras. Es decir, muchos rosarinos haciendo literatura argentina. Al ensayo que da nombre al libro lo escribí a partir de una

serie de coincidencias. Leyendo un poema de Saer descubro algo que ya sabía pero no me había dado cuenta: Ricardo Rojas, el primer historiador de la literatura argentina, y Rubén Darío tuvieron una amistad cuando se encontraron en la Bretaña francesa. Darío viaja a la Bretaña y Rojas toma el mismo tren desde París para visitarlo. Saer tomaba ese tren cada quince días para ir a dar clases, y yo también lo tomé una vez que me invitaron a la Universidad de Lorient. Entonces me acordé del poema de Saer Rubén en Santiago, volví a leerlo y empecé a investigar. Rojas visita a Darío en Bretaña, en una residencia de artistas. Están unos días juntos y una mañana le dice: “Voy a ir a misa”, y le pregunta si lo quiere acompañar. Darío le dice que tiene calor, que no quiere, pero le presta un parasol. La imagen me parece extraordinaria: Rojas camina por la playa rumbo a misa, cubierto por un enorme parasol de tela verde. Mi idea es que todos nosotros, toda la literatura argentina del siglo XX y del siglo XXI, se escribe bajo ese enorme parasol de tela verde. Todos escribimos amparados, a la sombra, de la obra de Rubén Darío.

-Aunque no esté físicamente a nuestro lado.

-Tal cual. Incluso si no lo hayan leído: si lees a Alfonsina o a Borges estás leyendo a Rubén Darío. Siempre es mejor si lo lees, pero el sistema de mediaciones con respecto a la obra de Darío es tan impresionante que lo estás leyendo todo el tiempo.

-¿Cómo sigue tu trabajo ensayístico?

-Estuve escribiendo unas columnas en la revista que dirige Martín Rodríguez, Panamá. Una combinación rara entre crítica literaria, sobre todo poética, y autobiografía, recuerdos de lectura, relaciones entre libros leídos.

Armé un libro con esas columnas, más de veinte, que se llama Un poema pegado en la heladera, y va a publicar Blatt & Ríos. Para la misma editorial empiezo a escribir una historia de la poesía argentina. Es mi próxima tarea y me entusiasma un montón. Escribir esa historia de cien años de poesía argentina, entre Rubén Darío e internet. Digamos, 1896-1996. Es tan nuevo lo que pasa a partir de las redes, que reclama una distancia que todavía no tengo.

-¿Habrá una nueva edición de *La ciudad que yo inventé*?

-Supuestamente sí y ojalá. Son muy lindas las jornadas por el recorte temático, en los congresos literarios cada cual muestra lo que está haciendo y es difícil establecer conversación. La ciudad que yo inventé es una aposición de Rosario, una frase que Saer le dice en una entrevista a Gastón Bozzano, medio para provocar. Cuando escribía su obra y pensaba en una ciudad, si bien tenía las coordenadas de Santa Fe, pensaba en Rosario, porque fue la primera gran ciudad que conoció, con kioscos llenos de golosinas y colores, autos. Cuando lo traían de Serodino a visitar a sus tíos, para él Rosario era París. Por eso dice: “A esa ciudad la inventé yo, simbólicamente”. A partir de allí armamos las jornadas cuyo asunto es Rosario.

-También muchos investigadores ponen el ojo ahí.

-Un fenómeno nuevo: revistas y autores son tema de investigación de la universidad como emergencias de la literatura argentina en Rosario. Y eso propicia, porque una tesis necesita de un director y de un jurado que conozca las obras para poder evaluar. Un pie para que los autores rosarinos del pasado y del presente también dialoguen entre sí, para que la ciudad sea un tema (literario) de conversación...



La familia

Por **Sebastián Riestra**

A Gabriel

El padre
y la madre, que aún
vivían, bebían
vino en la alta noche, debajo
de la parra,
y se amaban. (La madre
y el padre,
y sus dos hijos,
duran poco juntos, pero
el breve
lapso que el amor

los reunió sobre la tierra
incluía todas
las mañanas de la vida
y esa luz se prolonga todavía
en las manos, los libros,
las miradas). Por la casa
de Arroyito, hoy demolida,
pasó la eternidad.

Y huyó volando.

BlueArt Records
**Estamos donde tenemos
que estar.**
Ultimos lanzamientos



Rioja 1070, Rosario



NUEVO LIBRO

GRELA

MEMORIA GRÁFICA



Escrito por el historiador **Guillermo Fantoni**, este libro nuclea un renovado elenco de obras originales y múltiples del reconocido artista rosarino **Juan Grela**.

Descubrí más escanando el código QR o en:
www.unreditora.unr.edu.ar